

## Quinto Centenario del nacimiento de Carlos I

Mario HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA

El mundo cortesano flamenco de la Casa de Borgoña, anhelante de alcanzar para sus Grandes Duques la Corona Real, cayó sobre España, justo en el momento en que el Descubrimiento ofrecía una oportunidad ideal para la delineación de un mundo que, si para Tomás Moro era una utopía, para los españoles de la generación oceánica –la generación finisecular del siglo XV, entre 1480 y 1505– representaba, no la prolongación de una dilatada aventura guerrera, sino una experiencia pedagógica con posibilidad de ascenso social. Ello es así, sencillamente, porque si había necesidad de guerra, ésta no sería contra *infielos*, sino contra *gentiles*, a los que había que civilizar mediante la evangelización y la transmisión de la cultura humanística. América constituyó –le guste o no a los hispanistas, siempre predispuestos a admirar lo formal y externo, sin apreciar la importancia de las mentalidades psíquicas colectivas de los españoles– desde el principio una misión de España y una posibilidad de mejora social, económica y moral para los españoles.

Francisco López de Gomara, que fue cronista del reinado de Carlos I, esculpió en su *Historia de las Indias*, publicada en Zaragoza (1552) y dedicada al Rey, ya en el ordo de su gloria, la famosa frase: "La mayor cosa, después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo creó, es el descubrimiento de las Indias". Ese modo de ver las cosas, todavía vibra en 1776, fecha en que Adan Smith en su *Riqueza de las Naciones*, afirma: El Descubrimiento de América y el paso a las indias orientales por el Cabo de Buena Esperanza, son los sucesos más grandes e importantes que se registran en la historia de la humanidad". Más recientemente el profesor Fernand Braudel afirmaba en su decisiva obra *Civilisation matérielle, économie et capitalisme. XV<sup>o</sup>-XVIII<sup>o</sup> siècle* (1979): "La América española, forzosamente y desde el comienzo, fue siempre un elemento decisivo de la historia del mundo, mientras que Brasil, desde el momento en que dejó de ser, en el siglo XIX, un importante productor de oro, ha contado menos para Europa".

La importancia de América fue especialmente decisiva para Europa, desde el punto dinámico del comercio, con fuerte incidencia en el intercambio económico, que sobrepasó ampliamente el nivel de mercado, para alcanzar la posibilidad de desarrollo de la idea capitalista. Cuando se agotaba la economía mediterránea, con centros fuertes de demanda de mercancía en las ciudades europeas, nutridas por los metales traídos por las caravanas africanas y las transacciones de la Banca centroeuropea, surge, con el Descubrimiento de América, las inmensas posibilidades del Océano y del continente americano. También, en ese momento, tuvo lugar el vínculo matrimonial de la Casa de Borgoña con los Habsburgo de Austria y, a su vez, el matrimonio de Felipe el Hermoso, Gran Duque de Borgoña, con Doña Juana de Trastámara (1479-1555). El segundo hijo, primer varón, de éste matrimonio fue Carlos de Gante, que habría de acceder al trono de Castilla y Aragón a la muerte, en 1516, de Fernando el Católico, al que Gracián intituló "último Rey de Aragón y primero del Nuevo Mundo", que ejercía como gobernador de Castilla. Dos años después de su llegada a España, recaía en su persona el Imperio alemán, tradicionalmente unido a la Casa de Habsburgo, gracias a la "protección" financiera de la poderosa casa bancaria de los Fugger.

A los quinientos años del nacimiento de Carlos de Gante, ¿qué han dicho, qué dicen, los historiadores? La magnitud de la herencia que recayó sobre él, ha ocultado sistemáticamente la valoración de su personalidad y de su vida prodigiosa, hasta su muerte en Yuste, siendo únicamente emperador, rodeado de negros crespones, entre los que sólo se abría un foco de luz, con el retrato de su adorada esposa la emperatriz Isabel de Portugal, única persona en quien confió plenamente, la única en quien depositó sus profundas dudas, que siempre atenzaban su espíritu. Quizá por eso sus decisiones tenían que ser repentinas y radicales, sobre todo después de quedar viudo, sumido en una radical soledad, sobrepasado por la fuerte oposición religiosa a su gran ideal como emperador, que fue la unidad religiosa y política de Europa; atacado por los nacionalismos exacerbados de los Valois y, posteriormente, de los Tudor; combatido por los movimientos reformistas protestantes, en los que se alinean las tremendas personalidades generacionales de la rebeldía: Lutero, Las Casas, Calvino, Melachton. Ni siquiera la vía media del humanismo centroeuropeo y de los Países Bajos o Italia, le fue propicio; ni los turcos, ni los berberiscos. Sólo los españoles —aún criticando, en algunos casos, sus decisiones y no aceptando algunos de sus designios— le fueron leales, a pesar del inicial antagonismo y rechazo de su corte flamenca.

Sin duda, Carlos I Habsburgo, fue un hombre grande que llegó a reunir en su cabeza setenta soberanías, entre ellas las de los territorios americanos, a los que escasa atención prestó, sin duda inhibido por la duda terrible de sus derechos al dominio de aquellos reinos y provincias, sin llegar a prestar seria atención a lo que Hernán Cortés escribe en su segunda *Carta de Relación* (30 de octubre de 1530): "...he deseado que vuestra alteza supiese las cosas de esta tierra, que son tantas y tales que, como ya en la otra relación escribí, se puede intitular de nuevo emperador de ella, y con título y no menos mérito que el de Alemania, que por la gracia de Dios vuestra sacra majestad posee".

El gasto que origina el proyecto europeo fue absolutamente cuantioso. La riqueza del Nuevo Mundo fue el comercio, monopolizado por los "armadores" de Sevilla, pero a través de un sistema rígido de comunicaciones oceánicas de *flotas* anuales y venta de productos europeos en las ferias americanas, cuyos beneficios regresaban, a través del Atlántico, en *galeones*, depredados por los piratas, casi siempre financiados o protegidos por otras naciones europeas, otro medio de desgaste de la Monarquía española. Esto era, en efecto, un riesgo que aumentaba las pérdidas de la avería.

Una importante serie de libros, desde el clásico de Haring y el insustituible de Don Ramón Carande sobre *Carlos V y sus banqueros*, alcanzaron una nueva dimensión de estudio con las monografías de Chaunu, Frederic Mauro y García Baquero, sobre Sevilla y el Atlántico, Lisboa y el Atlántico y Cádiz y el Atlántico. En una última y reciente etapa hay que destacar la obra de Antonio-Miguel Bernal: *La financiación de la Carrera de Indias. Dinero y crédito en el comercio colonial español con América (1492-1824)*, Sevilla y Madrid, 1992, que hemos de considerar decisiva para calibrar el ambiente financiero que presidió la expansión española en el Nuevo Mundo. Recientemente ha aparecido otro libro fundamental, producto como el citado de Bernal, de una exhaustiva investigación. Su autor, es Hermann Kellenbenz: *Los Fugger en España y Portugal hasta 1560* (Salamanca 2000, obra traducida y publicada por la Junta de Castilla y León de su original alemán, 1990). Todos estos libros han situado con firmeza la gran realidad de América, desde el punto de vista económico. Lo que Braudel ha llamado una economía-mundo, basada en un fecundo intercambio comercial de gran magnitud geohistórica, pero que exigía el establecimiento de una red financiera capaz de invertir, proporcionar créditos y fiscalizar los beneficios movilizandolos recursos para el desenvolvimiento de la oferta y la demanda americanos, en relación con los intereses bancarios europeos.

En éste aspecto, Carlos I, emperador V de Alemania, se entregó en manos de los banqueros centroeuropeos, entre los cuales los principales fueron, sin duda, los Fugger; el citado libro de Kellenbenz permite alcanzar máximos conocimientos en la importancia de la estructura financiera de los banqueros judíos alemanes.

Pero, insisto, la atención del emperador respecto a América, fue sumamente débil; sobre todo por su permanente atención a los asuntos europeos; América estuvo muy presente en las creencias e ideas europeas, aunque con limitaciones, ignorancias, prejuicios y soberbias, sobre todo para desprestigiar a Carlos I y, en definitiva a España. La conquista –cuyo significado y verdades dimensionales están por estudiar– constituyó un proceso de tal magnitud que cambió todas las coordenadas intelectuales, religiosas, políticas y científicas. La hazaña de la conquista fue una acción comunitaria de la sociedad española, de modo principal y eminente de la castellana, como he tenido oportunidad de estudiar en mi libro *Castilla y América* (Madrid, 1992) en los tres niveles históricos: cuantitativo, estructural y de las mentalidades. La inmensidad de la América de los conquistadores, desde California al estrecho de Magallanes; desde el Golfo de Méjico hasta el Río de la Plata, no existía con semejante extensión en 1517, cuando Carlos I tomó posesión de la Corona de Castilla, en coparticipación con su madre Doña Juana, y de la Corona de Aragón.

Esa admirable empresa, llevada a cabo durante el reinado de Carlos I, tan denigrada por la ignorancia, la mala fé o la envidia europeas, fue llevada a cabo por los españoles, siguiendo los planteamientos establecidos por los abuelos españoles de Don Carlos. Continuada por éste, aunque delegando sus funciones e iniciativas en el Consejo de Indias (creado en 1524) y la Casa de Contratación, que crearon los Reyes Católicos en 1503. Esto sólo fue posible por el espíritu del humanismo español, cuya máxima expresión se encuentra en la evangelización, a través de la cual se transmite al Nuevo Mundo el espíritu hispánico del siglo de oro, hasta rescatar América de la frontera orientalizante, para integrarla en la cultura occidental, mediante el descubrimiento integral del hombre americano, para unirlo en estilo vital, en formas sociales, con el pensamiento hispánico occidental.

El gran católico que fue Carlos I –que se "quemó" en la defensa europea de la unidad religiosa– no podría por menos que promover y apoyar la evangelización de América, que como ha demostrado Pedro Borges Morán, supone la civilización del continente extremo occidental, emanado de la sociedad cris-

tiana occidental. Apreciamos en Carlos I una actitud un tanto extraña en lo que se refiere a las decisiones de poder en América, quizá considerándolo un señorío, que gobernaba a través de las instituciones y leyes, en nombre de su madre. Resulta, por ejemplo, muy significativo, que la abdicación de los Reinos de Castilla y Aragón –16 de enero de 1556– no tuvo lugar hasta después de la muerte de su madre. La unificación peninsular –que es el hecho más decisivo de la modernidad– fue sellada en los planteamientos de las guerras europeas en virtud de las cuales se consiguió la valiosa unidad de España. En América, durante el reinado de Carlos I, se produjo, junto con la realidad de la extensión de la soberanía a través de la conquista, otra realidad no menos importante, que fue el potentoso desarrollo de la evangelización hasta producir lo que hoy es la más extensa y poblada catolicidad del mundo. Y junto a ésta estructura de cultura, la extensión de una red financiera, que fue, definitiva, la que obtuvo los máximos beneficios del comercio americano.

Se han publicado muchos libros sobre el emperador, el César, el borgoñón que implantó en España la dinastía Habsburgo. Ninguno ha conseguido penetrar en la recóndita personalidad de Carlos I. Me quedo entre todos ellos con un pequeño libro de Fernand Braudel, con luminoso prólogo en su edición española de su discípulo y eminente historiador español Felipe Ruiz Martín, titulado *Charles V et Philippe II* (París, 1990). Un estudio esencial, en sesenta páginas, de una edición de bolsillo. No puede decirse más ni mejor en menos espacio.